

GUÍA PARA UN NUEVO MODELO DE CIUDADANÍA ECOLÓGICAMENTE ATENTO Y CONSECUENTE CON LAS VERDADERAS NECESIDADES TERRENALES DEL CUERPO Y DEL ALMA¹

SYLVIA MARÍA VALLS



El modelo se elabora a partir de un enunciado básico, resultado de un largo proceso de observación por parte de algunos filósofos, ecólogos, teólogos y sociólogos, entre otros. Dicho enunciado señala que la salud física y espiritual de los seres terrestres y su supervivencia, dependerá de la capacidad que alcancemos para pensar nuestros

¹ Revisión febrero-marzo 2012 en Valle de Bravo, México. Este trabajo fue originalmente presentado en Miami el 22 de junio de 1991, en el marco de la *International Social Studies Conference on the Caribbean*. Le he hecho ajustes estilísticos, añadiendo algunas acotaciones y referencias particularmente sobre Iván Illich -a quien apenas conocía por aquel entonces- y también sobre Catherine Austin Fitts, cuya original idea sobre los “solaris” tanto me complace poder integrar a esta propuesta. Hoy sustituiría la palabra global –plagada de nefastas connotaciones- por el término “planetario” cuyas connotaciones vendrían siendo justamente el reverso de lo “global”.

problemas con una perspectiva global, como sujetos activos e integrantes de un sistema ecológico universal que no reconoce ningún tipo de fronteras antinaturales. No obstante, estar alertas a las realidades e intereses globales exige, al mismo tiempo, reconocer la importancia de devolver a las localidades el mayor margen posible de control sobre la vida social.

Se trata, en resumen, de la necesidad de pensar la integridad del planeta mientras se actúa dentro de un ámbito local que también es planetario: no ya con el refrán aquel de “piensa globalmente, actúa a nivel local”, sino algo así como “piensa a nuestra madre tierra, a la Pachamama, desde tu ámbito biorregional y actúa como mejor puedas, a todos los niveles que puedas. ¡Y no te olvides siempre de ser cortés con ella!”. Algo así suena mucho mejor que lo que había dejado escrito en este punto del texto hace quince años. La globalización ha sido un desastre quizá ya sin remedio –pero, si remedio hay: el primer instrumento inventado por el hombre, como bien acotó Lewis Mumford, no ha sido otro sino el lenguaje mismo, la posibilidad de una comunicación plenamente humana: de ese detallito muy bien puede que dependa el milagro de salvarnos de unas técnicas desafortadamente desconectadas de la esencia de lo humano.

II

Siguiendo el hilo a las observaciones de Simone Weil en relación con las *necesidades terrenales del cuerpo y del alma* -y teniendo en cuenta su crítica del nacionalismo como destructor de las tradiciones locales-, este modelo busca reintegrar a la localidad, al municipio o al condado, la tarea de reconocer a los seres humanos su condición ciudadana en sus respectivos lugares de residencia temporal o permanente, considerando sus relaciones personales y sociales a través de la familia extendida, las escuelas, iglesias, sindicatos, asociaciones obreras y civiles, etcétera. En relación con los movimientos de las gentes de una localidad a otra, la esfera pública se limitaría a ejercer una función de registro y verificación de tal condición ciudadana, según lo determine la ley y con la ayuda de la esfera privada y de una tecnología de vanguardia que, en lugar de obstruir la documentación, la facilite. Se trata, en resumen, de amparar a las gentes en lugar de dejarlas expuestas a la explotación. Para Simone Weil, vale observar, el triunfo del nacionalismo fue el “triunfo negativo” de lo abstracto sobre lo concreto. Una ciudad es pensable –precisó-; tiene una relación directa, visceral, tangible, con la niñez y con el destino, mientras que la “nación” pronto se convierte en sus símbolos -escudo, bandera, himno-: en excusas para la guerra destructora de todo

lo realmente precioso -como el hogar, la familia, los amigos, los animales, los jardines, las plazas, los templos y monumentos recordatorios de experiencias compartidas a través de las generaciones-. Aquel laguito escondido, me digo, por el que pasábamos camino de la escuela; el mar –la mar-; nuestra lengua, la de mi madre, de mis hermanos con los que puedo compartir, fraternizar: esto es la “patria” -o “matria”-, lo que hay de valioso en ella, lo que es frágil y digno de sacrificio. La nación-estado, sin embargo, me sacrifica a mí a cambio de nada, como no sea de la mentira: es el desfalco, el verdadero Demiurgo de hoy, el falso dios.

III

Pertenecer a una determinada comunidad local no borraría la membrecía en otras. Por el contrario, sería posible a lo largo de toda una vida ir creando un *curriculum ciudadano* en una variedad de localidades a través de una región, el continente o el planeta, a medida de que las *redes intermunicipales* se establecen en todas partes; por supuesto que el *principio de reciprocidad* tendría que regir los intercambios entre las localidades. Las redes serían múltiples y podrían entrecruzarse y entretorse sin grandes conflictos. Por ejemplo, habría redes de intercambio que tomarían como punto de partida intereses comunes en el ámbito de la biorregión, vigilando sobre todo el respeto debido a las aguas dulces como saladas así como al aire –patrimonio común de la humanidad y por lo tanto sujetas a un gobierno regional con obligaciones planetarias-; otras que tendrían como referencia intercambios basados en afinidades o complementariedades lingüísticas y culturales de cierto tipo; otras, la producción y distribución de diversos bienes de subsistencia, servicios u oportunidades relacionados con la salud, el arte, la educación, la artesanía o el ocio, entre otros.

IV

El desorden y el caos generados por la explosión demográfica, los “embotellamientos” monetarios, el desperdicio resultado de la sobreproducción generadora de escasez, etcétera, si bien no son susceptibles de verse totalmente eliminados, sí podrían ser aliviados en gran medida siempre y cuando nuestros “maravillosos aparatos”² sirvan para la propagación de programas realmente

² Que también nos enferman y nos aíslan, así como pueden servir para lo contrario. El futuro depende de ellos, pero también nos encontramos contando demasiado con una

eficaces, diseñados con la convicción de que para nada positivo habrá de servir una tecnología a la que no fuéramos capaces de inyectar una programación orientada hacia la satisfacción de las verdaderas necesidades corporales, mentales y espirituales del ser humano.

Al ser constatado que prácticamente cualquier solución, total o parcial, a un problema casi siempre crea otros problemas -situación a la que Iván Illich se refiere como el factor de la "contraproduktividad", siendo la *iatrogenesis* o enfermedad gestada por el ejercicio mismo de la medicina su caso específico en el campo médico-, motivo por el que se hace necesario poner en movimiento acciones cuyo desenlace, en lugar de incrementar el saldo total de nuestra miseria como especie, tienda a mejorar la calidad de la vida social y a disminuir los niveles de opresión, injusticia y de hambre tanto corporal como espiritual. Bastaría con intentar reducirlos de forma considerable y no pretender erradicarlos enteramente, pues eso difícilmente sería factible en el corto o largo plazo, visto que todo "fundamentalismo justiciero" acaba por causar más mal que bien.

La información necesaria, los conceptos, el conocimiento y la sabiduría existen, aunque diseminados a través de una red inmensa y compleja de cerebros, tanto biológicos como de factura humana. La supuestamente "eficiente" civilización industrial que consolidó la tendencia hacia la centralización en casi todos los aspectos de nuestras vidas, debe abrir paso a otro tipo de organización social, política y económica con la capacidad inherente de procesar la información existente y de crear los tipos de programas que nuestras sociedades a través del globo reclaman. Así, quienes nos sobrevivan se verán ante la necesidad de legislar para que las normas jurídicas protejan plenamente a la ciudadanía dentro de un contexto ya no nacional sino supranacional: local o municipal, regional e interregional.

El caso es que todos nuestros *triques (gadgets)* -nuestros "*juguetes*"- se encuentran subutilizados -ineficaz y/o ineficientemente utilizados-, por la simple razón de que los programas inteligentes, incluyendo a los humanos, no surgen con la misma rapidez que aparecen los sorprendentes aparatos. Sin adentrarnos mucho en los motivos, nuestro desastroso talento para tergiversar imperceptiblemente las cosas, para trastocar sus objetivos, nos ha llevado a favorecer la proliferación de los medios -las computadoras- a expensas de la realización de su legítimo fin que no es

tecnología que en el momento menos pensado puede fallarnos por completo, precipitándonos en un caos total. Usarla ahora para asegurarnos de que podríamos sobrevivir en su ausencia, parece lo más recomendable.

sino el de *procesar programas inteligentes capaces de mejorar nuestras vidas en todos los sentidos*.

Lo que está faltando, pues, para que pueda rectificarse tan temible situación como la que enfrentamos ya, en común y por separado, es lograr una toma de conciencia universal acerca de la insostenibilidad de la nación-estado. Que este monstruo híbrido -cuyas malsanas proporciones pone en riesgo toda forma de vida, al mismo tiempo que continúa pariendo nuevas versiones en pequeño de sí mismo a través del planeta y sin la más mínima piedad ante la miseria humana- tiene que ser clínica y efectivamente desmantelado, toda vez que al fin disponemos de la tecnología requerida que podrá permitirnos cambiar "cantidad de vida" por "calidad de vida", como criterio de salud y de bienestar. Un aspecto crucial de la claridad mental que nuestra precaria situación exige, consiste, por tanto, en constatar que nuestras nociones sobre la "soberanía nacional" están tan desprovistas de sentido como sobrecargadas de peligro; al mismo tiempo que la vida en sí, sin calificaciones, no es lo que merece el atributo de "sagrado", sino sólo aquellos "valores" [prefiero decir "principios"] que hacen digna de vivirse una vida (alertando aquí una vez más sobre el proceso de "fetichización de la vida" del que hablara Iván Illich): las *necesidades terrenales del cuerpo* deben ser satisfechas, por supuesto, pero sólo como uno de los medios necesarios para que los seres humanos puedan aprender a trascenderse a sí mismos en el acto de realizarse plenamente.

V

Siguiendo el tren de lo que antecede, sólo un sistema de redes entrelazadas a través de las comunidades, de casa a casa, de casa a escuela, entre escuelas y entre las distintas entidades públicas y privadas, será capaz de enfrentarse al inmenso caudal de información existente con la flexibilidad que requiere el proceso de poner a prueba, de forma eficaz y eficiente, programas capaces de satisfacer nuestras necesidades dentro de un marco en constante movimiento. Las personas, los productos de sus labores y trabajo, los servicios y el "capital" requieren llegar de un lugar a otro con facilidad y sin tantos peligros para lograr su máxima utilidad; entendiéndose por *máxima utilización* un criterio de valor global -de calidad y no sólo de cantidad-, más allá de nuestra propia generación.³

³ Creo que en este segmento estoy abriendo la puerta más de la cuenta a aspectos del capitalismo que incluyen la proliferación de lo que Illich ha llamado el "trabajo a la sombra" y su acompañante, el "sexo económico". Sus análisis han mostrado la incompatibilidad del

De lo que se trata pues, es de llevar a cabo una actividad responsable más allá del marco que establecen las fronteras nacionales, cuyo beneficio alcance a las futuras generaciones. No confundir los *medios* con el *fin en sí* significa, en el caso de las entidades públicas, reconocerles una función limitada y transitoria. Ningún gobierno puede garantizar la felicidad de los ciudadanos, o que cada quien realice plenamente su potencial humano. Sin embargo, puede y debe velar porque desarrollen su capacidad para organizarse y para tomar las iniciativas necesarias, con miras a que tanto las necesidades del cuerpo como las del alma puedan ser satisfechas en la mayor medida posible. Esto implica ejercer *una acción del orden del timonel*, como dijo Simone Weil, *que tienda a restablecer un balance justo, tan pronto se vislumbre algún desajuste*. Ni más, ni menos.

Este principio asume que una de las necesidades del alma es participar en actividades de interés público, ligadas al caudal de riqueza colectiva o social, ejerciendo la iniciativa personal. En mi opinión, se trata en parte de lo que Alvin Toffler ha destacado como el principio de la *adhocización* de la vida política y social, un rasgo distintivo de la civilización de la “tercera ola”: la organización esporádica de grupos *ad hoc*, cuya vigencia depende del logro del objetivo específico propuesto. Esto no debería involucrar, sin embargo, el tipo de corrupción actual que representa la intromisión de la esfera de lo privado en la esfera de lo público y viceversa, con tan desastrosas consecuencias como se han tenido. Lo que implica, más bien, es la cuidadosa separación -en la medida de lo necesario y de lo posible- entre lo que es público y lo que es privado, descartando de una vez por todas el incomprensible concepto jurídico que permite que una autoridad externa rija sobre nuestras vidas en aquellas cosas que incumben sólo a las personas en su intimidad y en sus relaciones consensuales como comunitarias. Significa privilegiar lo comunitario sobre lo público y la restauración de los

mundo de los “recursos” y de las “mercancías” con la libertad, la justicia y la igualdad. La pérdida de prestigio de las mujeres dentro del régimen salarial ha sido demostrada, a pesar de una larga lucha por la igualdad. El “segundo sexo” se ha visto atropellado como nunca antes y ello a consecuencia, no de una condición biológica o natural, sino de un desquiciamiento gradual del equilibrio que siempre existió entre hombres y mujeres en el seno de sociedades en las que la “complementariedad ambigua” de los géneros garantizaba el éxito de una subsistencia autónoma. La igualdad relativa de ambos géneros dentro del régimen del “género vernáculo” es lo que sucumbió en el proceso. Aunque una debacle universal de nuestros sistemas actuales de comunicación podría eliminar la posibilidad de llevar a cabo reajustes graduales dentro de una etapa de transición como la que imagino en este inciso, pienso que semejante transición abriría el camino para la disminución expedita de los niveles de represión y de miseria actuales: estaríamos, de hecho, llevando a cabo una disminución de la miseria total de grandes porciones de la humanidad a favor del restablecimiento de lo que podríamos llamar una “pobreza sustentable”. Ni los excesos de la acumulación, ni la miseria que de dichos excesos se desprende, son sustentables –sea a corto como a largo plazo-. La pobreza contra la que tantos cínicos embaucadores se rebelan, por otro lado, no es, ni por mucho, equiparable a la miseria que sus sacrosantos “remedios” contra “el subdesarrollo” han logrado producir.

nexos comunitarios que se han ido perdiendo bajo los efectos desarraigantes de un ámbito público inflado y destructor.

En el ámbito de lo público, no sería aceptable que la iniciativa personal de los ciudadanos se desviara del propósito colectivo para satisfacer objetivos meramente privados. Podría permitirse la intervención de una agencia pública en la esfera de la vida privada, a petición de particulares legítimamente involucrados, pero sin que imponga un criterio mayoritario, o de "consenso público", en aquellos asuntos que deben permanecer sujetos al criterio de las partes o entre un ser humano y su conciencia. Este principio implica tolerancia y un esfuerzo por controlar la tensión entre particulares, entre el individuo y la sociedad y entre las propias sociedades. Implica también descartar enteramente la noción de "crimen" del ámbito de la actividad consensual, puesto que *donde no hay víctima no puede haber crimen* (el suicidio como asesinato de sí mismo, parece haber sido una invención de San Agustín, con el objetivo de impedir que los cristianos optaran por una mejor vida en el "más allá" en lugar de permanecer en el más acá, donde la iglesia institucional requería de su existencia vital con miras a su mundanal expansión: mejor esclavos que mártires, pensarían los jefes del oprimente poder eclesiástico-imperial).

VI

Este modelo de ciudadanía supone un concepto drásticamente distinto de lo que constituye la "seguridad", y pone de manifiesto las innumerables falacias de la noción misma de "seguridad nacional". Sin una toma de conciencia sobre los problemas reales que confronta nuestro planeta y que atañen a todos por igual, no puede existir ningún tipo de seguridad nacional, ni local, ni global. La nación, en la medida en que ésta pueda significar algo concreto, tampoco habrá de sobrevivir si las comunidades locales se ven defraudadas en sus intentos por controlar el propio destino dentro de un marco que incluya respeto por sus diversidades culturales, lingüísticas, históricas, naturales y bio-regionales percibidas como parte de un todo que trasciende lo específico al mismo tiempo que permanece, necesaria y saludablemente, integrado por particularidades. La mencionada relación entre lo público y lo privado se puede aplicar también a las leyes que habrán de regir los intercambios dentro de la localidad -el municipio o condado, así como a las normas que han de gobernar las relaciones inter-locales o intermunicipales a nivel de las múltiples regiones continentales e intercontinentales. Un período experimental o de transición podría comprender la posibilidad de un "carril doble" para la

ciudadanía, de tal forma que se permita a cada quien ser ciudadano de un país mientras se construye su propio *curriculum ciudadano* en una o varias comunidades locales a ambos lados de las distintas fronteras.

Estos ciudadanos de “doble carril” se verían exentos de servicio militar tradicional y aceptarían deberes ajustados a la moral de un solo planeta para todos los terrestres: nutrir varias patrias a nivel local a través de las fronteras nacionales existentes, es algo acorde tanto a las posibilidades como a los requisitos de nuestras avanzadas tecnologías de la comunicación y de nuestra ya bien establecida preocupación por resolver los extraordinarios problemas de orden ecológico.⁴ Es algo que concuerda perfectamente con la necesidad de *echar raíces en varios ambientes naturales*, en el sentido más amplio sugerido por Simone Weil e, igualmente, una forma de resolver los problemas de los grupos “minoritarios” (raciales, religiosos, lingüísticos, entre otros) en muchas naciones cuyo esfuerzo por funcionar como unidades desatan tensiones explosivas a cada instante (pensemos, por ejemplo, en Irlanda y Gran Bretaña, en la compleja cultura de México, en Irak, en Israel y los palestinos, en el Canadá *vis à vis* Quebec o en España, ahora sobre todo con los catalanes independentistas). De no prestar atención a estos problemas rápidamente, veremos más y más países deshechos por conflictos internos de este tipo en todas partes. Un arreglo interino que podría aliviarnos de inmediato sería que los matrimonios multinacionales y sus hijos pudieran mantener cuando menos la doble ciudadanía. ¡Que dejen los gobiernos nacionales de separar a las familias!

En vez de quemar nuestras banderas nacionales, qué bueno sería que nos pusiéramos de acuerdo para confinarlas, muy respetuosamente, a un nuevo tipo de museo dedicado a preservar reliquias de una "historia antinatural".

VII

En sintonía con el modelo de ciudadanía que se avizora encontramos, asimismo, el principio generalmente aceptado de que el tipo de inversión que tiende a actuar de forma más dañina para la salud y estabilidad de una comunidad es aquél definido como *capital ausente* o *ausentismo*, ahora cada vez más un capital “golondrino”: que un día está y el otro no. Propietarios, terratenientes y empresarios ausentes (incluyendo el

⁴ Cuando esto se escribió, Internet parecía un espacio asegurado para todos. En las dos décadas que han transcurrido, incluso el destino de esta herramienta deja de parecer “asegurado”.

Estado) tienden a ser menos cuidadosos y respetuosos que aquellos que se consideran a sí mismos destinados a residir por un tiempo prolongado, o de generación en generación, en un lugar determinado; al contrario, cuando los propietarios de la tierra, del inmueble o de la empresa están destinados a residir con plenas obligaciones y derechos en la comunidad, sus acciones tienden a seguir una trayectoria más congruente con el buen desempeño.

El otro lado de la moneda es una residencia sin ningún tipo de arraigo, como resultado de la falta de sentimiento de pertenencia dada la carencia tanto de propiedad privada como comunitaria y/o pública. Otorgarle ciudadanía municipal a un inversionista al mismo tiempo que se le exige un compromiso con la salud física y moral de esa comunidad, sería algo enteramente coherente con principios ecologistas y humanistas como los que propugna la filosofía de "lo pequeño es hermoso" de Schumacker (también lo grande puede serlo, sin duda; pero, a la hora de lidiar con las consecuencias de los errores, generalmente los pequeños descalabros son más fáciles de reparar que los mayores). Una gran empresa de carácter transnacional podría, por ejemplo, canalizar sus inversiones a través de socios pequeños arraigados en sus comunidades, atentos a gran variedad de oportunidades que incluirían las necesidades reales de las localidades donde residen con plenos derechos y obligaciones ciudadanas. Esa residencia podría ser periódica o cíclica, pero en cualquier caso debe garantizar que será auténtica y no meramente formal; es decir, que respaldará la preservación y la sustentabilidad de la comunidad y de sus recursos naturales y humanos. La innovación, de hecho, es un medio al servicio de la supervivencia, aunque puede resultar contraproducente si no se ve fortalecida por la continuidad. El modelo *Solari* propuesto por Catherine Austin Fitts, sugiere que sólo los habitantes locales deberían poder tomar decisiones, y yo me inclinaría a pensar lo mismo; un aspecto complementario es conseguir una relación coherente entre la comunidad global y la local, a la vez que se agiliza el proceso mediante el cual una persona se convierte en ciudadano reconocido de una determinada localidad.

VIII

Así pues, como corolario del progreso neto en el respeto a los derechos humanos – resultante de la disminución del desamparo al que condenan las leyes migratorias actuales a todo ser atrapado en una situación constituyente de una nueva forma de esclavitud, producto de la humillante condición de su “extranjería”, legal o ilegal, pero

también en la medida en que el arraigo en varios medios naturales facilitaría los movimientos poblacionales mientras se contribuye a aliviar las condiciones desesperadas que los provocan-, la sociedad en su conjunto se vería fortalecida contra prácticas empresariales que dependen, de forma muy perjudicial, de ventajas relativas resultantes de la falta de protección a la que se encuentran expuestas las personas y la naturaleza así como del *manejo privilegiado de la información*.

En lugar de explotar tales desventajas, las empresas se verían forzadas a considerar oportunidades para la ganancia relacionadas con otro tipo de ventajas relativas, tanto para el corto como para el largo plazo; es decir, sus probabilidades de ganancia razonable (y no desmesurada) dependerían más de su capacidad para responder a la emergencia de mercados florecientes, producto de un incremento sostenido en los ingresos reales de la población trabajadora y de su nivel de vida (mejor alimentación, ahorro disponible para otros tipos de consumo legítimos, etcétera); dependerían también de la proximidad de ciertas materias primas y, en fin, de diversos factores socioeconómicos generados por la descentralización y de las tendencias características de la civilización de la "tercera ola" descrita por Toffler.⁵ De esta forma, las ventajas relativas de una producción más diversificada y desmasificada o

⁵ Breve síntesis de las características de las "tres olas de la civilización", según Toffler:

Civilización de la primera ola: dominada por la agricultura, predominio de la producción casera, local, vida rural antes que urbana; el productor se confunde con el consumidor (*prosumidor*) o casi siempre permanecen cercanos (economía vernácula, siguiendo a Iván Illich). Consumo más individualizado en lo que concierne a las manufacturas y predominio de la familia extendida y de las fuentes de energía renovable.

Civilización de la segunda ola: dominada por los requisitos de la industria pesada, urbanización y centralización en todo, "masificación" de los productos y de las culturas y separación del productor y del consumidor; gobierno local debilitado, familia nuclear y disolución familiar, trabajo lejos del hogar, creación de escuelas que apoyan el régimen de la fábrica (compartimentalización, horarios rígidos, uniformidad). Predominio de fuentes de energía no renovables.

Civilización de la tercera ola: dominada por la velocidad de los intercambios y por el factor "conocimiento", camina hacia la descentralización y la desmasificación, hacia el regreso del trabajo al hogar, a una escala de producción apropiada, artículos de consumo más individualizados, al acercamiento entre consumidor y productor (mayor participación del consumidor en la producción de lo que consume), a intentar escapar de los grandes conglomerados urbanos; a la familia extendida, al fortalecimiento del gobierno local, a la descompartimentalización o mayor integración entre las unidades de una empresa, hacia horarios flexibles; busca sustituir las fuentes de energía no renovables por las renovables.

individualizada entrarían en juego, al igual que los muchos aspectos positivos que se derivan de reunir a productores y consumidores; por lo menos, de ponerlos en contacto más estrecho, fundamento de esa subsistencia básica que todos hoy por hoy estamos llamados a reconocer y defender como *la máxima expresión de la cordura humana*.

Una tendencia saludable sería, asimismo, la aceptación generalizada de la sensatez de utilizar métodos de mano de obra intensa, prescritos por los estudiosos de la conservación de suelos. Tales políticas requerirán de innovaciones legales que permitan mayor flexibilidad en las formas de tenencia de la tierra y deberán tomar en cuenta un buen caudal de factores psicológicos, económicos, sociales y culturales que inciden sobre las prácticas ecológicamente aceptables, de tal forma que las medidas puedan tener efectos más positivos que negativos dentro de un marco de interdependencia inevitable y otorgarle a las localidades *un margen amplio de autodeterminación orientado hacia la mayor autosuficiencia posible* -sobre todo en lo que concierne a ese factor crucial que es la alimentación (de cuerpo y alma, podríamos añadir) y del cual depende finalmente todo lo demás-. Por añadidura, extraordinarios beneficios -materiales y morales- serían nuestros como resultado de una mayor inserción de la actividad económicamente productiva en el hogar, tal como Simone Weil claramente intuyó en *Oppression et Liberté* y como Toffler ha sostenido sobre la base de recientes desarrollos que conspiran para mantener a más gente trabajando en casa (por ejemplo: la nueva tecnología, el precio de la gasolina o el tránsito urbano cada vez con mayores distancias por cubrir a un costo más alto, tanto monetario como psicológico y ecológico).

Semejante “desarrollo” podría traducirse en un verdadero impulso para la recuperación física y espiritual de sociedades devastadas por el deterioro de los últimos vestigios de la familia, en una época en la que la reactivación de la familia extendida no ha podido encontrar suficientes apoyos dada la insuficiencia de nuestro sistema legal y político, atrapado en el torbellino creado por el *shock* de las “tres olas” con sus profundos desplazamientos de los mecanismos de poder.

El malestar y la psicosis de seres abatidos por una civilización que los ha escindido mediante el desempleo prolongado y sin alivio, así como -entre otras cosas- por medio de un exceso de demandas contradictorias (dirigidas a productores contra consumidores y viceversa, cuando los mismos individuos pueden ser, en última instancia, ambas cosas), no podrán solucionarse con métodos divorciados de la realidad o encaminados a justificarla. Los problemas de la niñez, de la juventud, de la

madurez y de la vejez no serán resueltos, o aliviados, sino mediante la más plena atención a las verdaderas necesidades de los seres humanos en esta tierra y que, como sabemos, no son exactamente las “creadas” por los intereses de un sistema de producción y distribución masiva de productos y servicios: aquellas a las que Iván Illich juiciosamente pone en entredicho cuando analiza lo que en verdad han significado las políticas desarrollistas promotoras de un futuro inalcanzable (ver de mi propia escritura al respecto: “Metáforas discordantes del gran (des)concierto ecológico”, así como “Wendell Berry, Iván Illich y Simone Weil, una alternativa política para nuestros tiempos”. “Metáforas discordantes” había recibido cerca de veinticuatro mil “hits” en la traducción al inglés y unos veinte mil, antes de nuestra pérdida del sitio web al cabo de más de diez años de operación, todo ello debido a circunstancias escandalosamente fuera de la ley).

Treinta años antes de la llegada del *microchip*, Simone Weil soñó con una civilización en la que el trabajo estuviera organizado de forma tal que contribuyera significativamente a la realización espiritual de los seres humanos; una civilización donde el juego de los niños no se vería divorciado de las labores diarias de los padres sino que, al contrario, en muchos casos podría ser parte de actividades jubilosas, productivas y compensadoras -mutuamente enriquecedoras- que apoyarían la adquisición de los conocimientos más urgentes: de algún modo, lo que Illich denominó la “sociedad convivencial”. Weil imaginó, de hecho, un modo de producción que descentralizara la industria y la pusiera “al sol” bajo la forma de miles de esfuerzos cooperativos de escala reducida, recomblando el hogar con el taller en una estrecha asociación con la naturaleza y con los espacios del quehacer comunitario; una empresa confeccionada a escala humana, ahorrativa, cuidadosa de la sustentabilidad y restauradora del nexo que, de tantas formas, ha sido roto entre productores y consumidores, así como en el seno de nuestras familias y familias extendidas constituyentes de una comunidad. Programas cibernéticos como el que ha creado Catherine Austin Fitts -*Community Wizzard (Hechicero Comunitario)*- le permitirían a las comunidades, por ejemplo, enterarse de lo que realmente acontece en su propio medio y en su entorno -motivo “suficiente” para que su osada y persistente creadora se viera perseguida y constreñida a luchar amargamente por su vida-.

IX

La lucha por el dominio de unos sobre otros ha llevado al desarraigo sistemático que acompaña al proceso de la imposición de una lengua sobre otra. Privar a alguien de su

lengua, de su forma de expresión natural, equivale a mutilarle el alma. Una cosa es estimular a un pueblo para que adquiriera una segunda o tercera lengua que le permita integrarse efectivamente a un espacio socio cultural o laboral adicional, y otra muy distinta presionar por todos lados de forma tal que la propia lengua tenga que ser abandonada. Ningún gobierno, llámese democrático o como se quiera, puede tener licencia para forzar a los seres humanos a someterse a un desarraigo tan devastador. La lengua materna constituye, en efecto, nuestro *regazo socio cultural* y no es posible perderla sin que nos sobrevenga cierto sentimiento de mutilación, sin que nos sintamos empobrecidos. El imperialismo lingüístico nos daña moralmente y nos empobrece económicamente a la vez, puesto que constituye un aspecto importante de la lucha por los mercados dentro de lo que ha sido/es la civilización de la "segunda ola", con su mentalidad masificadora, rabiosamente abrazada a los viejos hábitos, incluso a costa de destruir todo vestigio de "vida".⁶

Aquí nos encontramos ante una situación análoga a la de las famosas mega semillas puestas a trabajar en pro de la "revolución verde" (la de las mega cosechas), tan efectivas en propiciar las calamidades más recientes de una buena parte del mundo en "vías de desarrollo" y en poner a tantos agricultores de los países avanzados igualmente en desventaja.

De hecho, los grandes bancos genéticos que ofrecían una amplia variedad de semillas, se han visto peligrosamente empobrecidos como resultado de la práctica de limitar las opciones a favor de un número reducido de variedades supuestamente de alta productividad; en consecuencia, los agricultores se ven obligados a la sobreproducción y forzados a depender de químicos contaminantes en su desesperado esfuerzo por controlar la mayor incidencia de plagas que resulta de sembrar vastas extensiones con una única variedad genética.

Tal como sucede con las semillas de la agricultura, las lenguas contienen la memoria acumulada de milenios de experiencias y de saberes; es decir, de las estrategias de adaptación a cada nueva circunstancia. El valiosísimo conocimiento de los pueblos que han estudiado la naturaleza, que la han escuchado, la comprenden y pueden identificar el uso terapéutico de miles de plantas, desaparece junto con ellos;

⁶ Refiriéndome aquí de nuevo a lo que Iván Illich ha llamado el "colapso conceptual de la frontera entre proceso cósmico y sustancia y su encarnación mítica en el fetiche vida (...), [que] tiende a vaciar de su contenido la noción legal de persona". En: *Obras reunidas*. Volumen II; pp. 618 y ss.

aunque no es necesario que los grupos étnicos desaparezcan del todo: basta con que abandonen su lengua para que el saber acumulado durante cientos de generaciones se evapore en poco tiempo. Así como los bancos genéticos son destruidos por la imposición de las mega semillas, se aniquilan también legados vitales de la memoria de nuestra especie gracias a los cuales hemos logrado codificar y comunicar nuestro conocimiento de la naturaleza en todo el planeta. Más que una simple analogía entre las semillas y el lenguaje, vemos que existe en realidad una profunda interdependencia. Si asumimos que el futuro de nuestra especie depende del máximo respeto por la diversidad, es necesario, entonces, establecer puentes entre las distintas islas que componen esa misma diversidad, en vez de permitir que una singular, sólida e idéntica masa de “tierra inermé” se convierta en nuestro único patrimonio común.

La educación multilingüe, pues, exige ser alentada y ningún ser humano debe verse obligado a sacrificar su linaje cultural y espiritual asentado en la lengua original, o *vernácula*.⁷

⁷ Ivan Illich escribe en *Deschooling Society -La sociedad desescolarizada-* que la “lengua materna fue una invención por parte del primer gramático de la lengua castellana, Nebrija, quien comprendió muy pronto el uso que se le podía dar a su obra en el esfuerzo de la Corona por imponer su imperio sobre las muchas comunidades que apenas despertaban, en esa época, a la posibilidades de la imprenta. La descalificación de las *lenguas vernáculas (o maternas)* se convierte así en el modo de apropiación de los instrumentos de comunicación por parte de unos sobre otros -en aquella coyuntura- de quienes manejaban el castellano convertido en lengua “oficial” y predilecta sobre quienes no”. Ver: Illich, Iván, “Los valores vernáculos” en: “El trabajo fantasma”. *Obra Reunida*; pp. 67 y ss. Nuestro linaje tiene que ser considerado no tanto como un asunto de “orgullo”, sino como un componente importante de la propia habilidad para sobrevivir física y espiritualmente, indisolublemente ligado al instinto de auto preservación, así que la continuidad pueda ser mantenida como parte de nuestra estrategia de supervivencia y de cohesión psíquica y familiar a través de las generaciones y de las fronteras nacionales de hoy. Victor Zuñiga, del Colegio de la Frontera Norte, llegó a la conclusión de que la migración mexicana a los Estados Unidos está más condicionada por factores culturales relacionados con la ascendencia (el “linaje”) que a los factores económicos (sin pretender que los últimos no pesen). Para mí fue muy conmovedor constatar a partir de sus fascinantes datos, cómo jovencitos de la preparatoria a tan corta edad habían desarrollado ya un mecanismo psicológico compensatorio que les permitía permanecer fieles a ambas patrias: aquellos cuyas relaciones familiares eventualmente les llevarían a vivir en Houston pensaban que era “la ciudad más bella del mundo”; sin embargo, al contrario de sus compañeros carentes de planes definidos de mudarse al otro lado de la frontera -y quienes demostraron una marcada preferencia por las hamburguesas-, los que estaban seguros de mudarse más pronto o más temprano a “la ciudad más bella que ojos humanos han visto” demostraron desdén por las hamburguesas y privilegiaron los alimentos del patio sobre todos los demás. El cincuenta y cinco por ciento consideró el español la lengua más hermosa, el treinta y cinco por ciento el inglés y el diez por ciento otras lenguas (francés e italiano sobre todo, con lo cual casi las dos terceras partes permanecieron fieles a las lenguas romances). Las tradiciones que facilitaban, y facilitan, la inserción de los mexicanos a la vida en los Estados Unidos se remontaban a por lo menos cuatro generaciones a principios de los ochenta y tenían su origen principalmente en cuatro estados

Entre los cambios políticos más susceptibles de beneficiar la aparición de un sistema intermunicipal viable, estaría la institución de mecanismos para escoger a los legisladores, jueces y administradores que ya no dependieran más del corrupto, feroz y muy destructivo sistema de selección con base en los partidos políticos. Una alternativa recomendable justamente por los motivos que Simone Weil explicara en su nota sobre la supresión de los mismos.⁸ En Cuba, por ejemplo, una Asamblea Popular desembarazada de la carga ideológica, manipuladora, personalista y represiva del único partido reconocido -que es, de facto, “un partido hecho Estado”-, podría conformar un gobierno íntimamente conectado con las aspiraciones y necesidades reales de la población.

Pero hay que creer en los milagros sin contar mucho con ellos. Difícil saber qué esperanzas albergar sobre el retiro de los ejércitos de los procesos de selección para que éstos puedan llevarse a cabo sin las presiones de la fuerza bruta, en un ambiente de transparencia que contribuya al diálogo público y sin que la acción corruptora del debate partidista contamine la atmósfera. Tal milagro resultaría igualmente sobrecogedor de tener lugar en Washington como en La Habana. Son los partidos políticos los que corrompen el diálogo (o la libre circulación de las ideas) para convertirlo en “debate” (la forzada, insalubre confrontación de las ideas donde sólo se trata de ganar “la partida”: el “*match*”...). Si se reconoce unánimemente que los mejores resultados para el país en su conjunto se obtendrían mediante un proceso de toma de decisión en la que los legisladores evitarían el partidismo para actuar en solidaridad con lo que pareciera ser el mejor curso de acción y nada más, cabe preguntarse, entonces: cómo pretender que un sistema democrático auténtico dependa de ese procedimiento tan manifiestamente inadecuado como ha resultado ser siempre el de la competencia entre los partidos. Falsa creencia, de hecho, que se basa en lo que Simone Weil ha llamado, como sabemos, *contradicciones ilegítimas*. Reconocer que el partidismo es

(Zacatecas, Jalisco, Michoacán y Chihuahua). Así pues, son claramente las redes de parentesco las que proveen los mecanismos de adaptación por medio de un refinado conocimiento del comportamiento del mercado laboral, de las leyes migratorias y de cómo usarlas de forma ventajosa y, por supuesto, mediando ayuda económica y moral. La rapidez con la que circula todo tipo de noticias gracias a estas redes resulta en extremo sorprendente. Es a lo que me refiero cuando digo que “los programas” existen y que están esparcidos en millones de “cerebros electrónicos”, tanto biológicos como de invención o factura humana.

⁸ Weil, Simone. *Nota sobre la supresión de los partidos políticos*. En: <https://institutosimoneweilediciones.wordpress.com/2017/07/18/81/>

malo en sí y, al mismo tiempo, esperar que la competencia entre los partidos pueda dejarnos un saldo positivo, resulta más bien de un simulacro deshonesto derivado de la práctica de tratar dos cosas distintas como si fueran iguales.

En completa discrepancia con la idea promovida por quienes argumentan que los partidos políticos en abierta competencia constituyen el aspecto más distintivo de cualquier democracia digna del nombre, hay que pensar que su existencia de hecho garantiza poco más que una deliberada tergiversación de los asuntos públicos más importantes. Sobre todo debido a la mala fe en la actuación de quienes, en medio de una campaña electoral, se ponen de acuerdo principalmente para no estar de acuerdo en qué es lo que más conviene; entre tanto, los asuntos más controvertidos y por lo tanto más cargados de "pasión social", son los que nadie enfrenta con honestidad por miedo a perder votos, cuando lo que requieren es precisamente ser clarificados para hallar opciones congruentes con los objetivos primordiales relativos al bien público.

Gracias a la persistencia de la influencia corruptora de los partidos políticos, la propaganda se divierte de lo lindo y las elecciones siguen decidiéndose a base de dinero y de golpes bajos. El motivo por el cual los defensores de "la ley y el orden" nos han llevado tan lejos justamente por el camino del desorden y del abandono de las leyes, es que nadie desea obedecer a un gobierno legítimamente percibido como *ilegítimo*; parece bastante obvio que un sistema electoral que depende con creces de grandes concentraciones del dinero más sucio, difícilmente impondrá respeto fuera de aquellos círculos que controla directamente -aunque, por supuesto, nada como una guerra para alienar, justo lo necesario, la razón de las masas y promover, de forma visceral, los "sentimientos patrios" más bajos-.

Más de la mitad del pueblo de los Estados Unidos no acude a las urnas, principalmente porque hace tiempo que se dieron cuenta del engaño y se niegan a otorgarle credibilidad. Los demás escogen permanecer confundidos; algunos pocos -o algo más que pocos- actúan con cinismo y eso es todo (en los próximos años habrá que ver si el recientemente creado Movimiento *Occupy* encuentra el modo de *desocupar* Washington por medio de las elecciones, o si será mejor esperar a que el gobierno caiga por su propio peso, o dólar, cosa que lo mismo podría suceder como no. Sin duda, estamos en "situación" -recordando de nuevo a Sartre- y a la expectativa de lo inimaginable).⁹

⁹ Pongo entre paréntesis este comentario posterior al contexto original. Me temo que va a hacer falta una gran colaboración entre "marcianos": ¡sean "weileanos" o de donde

Si la existencia de los partidos políticos subvierte el proceso mismo sobre el que alegamos basar la legitimidad de nuestras democracias, lo consigue no sólo corrompiendo las posibilidades de opciones válidas, sino también -y en buena parte como resultado de lo último- comprometiendo claramente la eficacia del sistema de división de poderes de las tres ramas del gobierno que es lo que, real y verdaderamente, podría ser considerado el principal baluarte de un sistema de gobierno democrático digno de su nombre; baluarte que Simone Weil defendió como el signo más prometedor de un sistema democrático: "Si la democracia es un instrumento para hacer que la verdad y la justicia sean realmente más fuertes que el crimen y el error es buena. Si no, no".

Una "democracia" digna de nuestro respeto y apoyo, sería, entonces, un sistema político en el que las tres ramas de gobierno actuarían en forma verdaderamente independiente una de la otra, en la que los elegidos tendrían que pensar primero y ante todo en el interés público: el poder como un medio para el logro del bien público, en lugar de servir a los menos como un instrumento para su exclusivo provecho, en contra del interés común. Quienes pretenden el poder como un fin en sí mismo, o quienes se ven en una situación de incapacidad para pensar a cabalidad el bien público -dada su preocupación primordial por retenerlo-, nunca estarán en situación de reconocer cuáles son sus verdaderas obligaciones; se mentirán a sí mismos y a los demás y sólo contribuirán con su porción determinada a la cosecha final de mentiras infectas.

Pretendemos tener algo que puede llamarse "democracia" porque podemos apuntar hacia su lado histriónico -el debate político-, mientras que analizar los mecanismos a través de los cuales "la voluntad del pueblo" podría realmente ejercerse resulta algo mucho más difícil (y para algunos, mucho más peligroso); en la medida, sin embargo, en que esa noción tan vaga pueda querer decir algo, lo más probable es que se refiera ante todo al sentimiento de justicia y de verdad que es susceptible de aparecer en la vida pública sólo en ausencia de una pasión pública, o de apasionamientos promovidos en el seno de las masas por los partidos políticos para su propia, deshonesta ganancia (o la de sus proveedores de fondos para las elecciones y las reelecciones). Y sin embargo, cualquiera por la calle sabe que una cosa es el *mapa* y otra, muy distinta, el *territorio*; incluso quienes han sido privados de los más elementales instrumentos de análisis y se encuentran en una situación que les impide articular su entendimiento de forma muy clara, éstos, a pesar de todo, *saben*, puesto que tienden a estar más frecuentemente en contacto con la *realidad*.

vengan! Aunque no falten los escépticos al respecto de los "marcianos"... no tanto de su existencia como de ¡sus intenciones!

En esencia, pues, una democracia digna de su nombre no se definiría por el número de partidos que compiten para confundir los asuntos, sino por cuánta gente puede participar en un vasto, complejo sistema de toma de decisiones de abajo hacia arriba y en ausencia de "pasión pública" creada alrededor de algún asunto (o no asunto), con la intención de mantener en el poder a ciertos grupos cuyos intereses poco tienen que ver con el bienestar de la humanidad o con el "bien público". Que estas fuerzas en movimiento manejan su información de forma muy engañosa y ni siquiera pueden discernir con claridad cuáles son a la larga sus intereses reales -es decir, *humanos*-, no es el menor de todos los problemas que nos aquejan; sin embargo, la esperanza de que en algún momento cercano se vean forzados a abandonar la *negación total* en la que están sumidos es algo que ciertamente nos anima.

Una democracia digna de su nombre -*real*-, mantendría asimismo un cuidadoso balance de poderes para impedir, entre otras cosas, que en un momento dado una "mayoría" transitoria, aguijoneada de forma visceral por pasiones momentáneas, pudiera imponer sobre cualquier minoría -o sobre sí misma- decisiones repugnantes a la conciencia de quienes no han sido picados por el mismo "gusano" cuyo veneno afecta a la "bestia social".¹⁰ Se apoyaría más sobre el conocimiento real de la gente, de unos y de otros, porque de lo que se trata es de seleccionar a las personas que han de verse en la delicada situación de tener que pensar por nosotros -y decidir en nuestro lugar- asuntos de gran importancia. Exigiría respuestas basadas en información al alcance de la gente sobre asuntos claramente definidos, abiertos a discusión inteligente, al diálogo por encima del debate, en lugar de obligar a los votantes a tener que decidir entre "imágenes" tipo Hollywood (o Madison Avenue), confeccionadas con la ayuda de masivos fondos de dinero provenientes de regiones más y más oscuras de la economía, dominada crecientemente toda ella por el crimen organizado.

Una democracia decente, y no esta indecencia que está siendo perpetrada en nuestra plaza pública, nos salvaguardaría, cuando menos, de tener que escoger -junto a lo que nos parece correcto- muchas cosas que definitivamente no queremos tragar, después de que algún horrendo *chef* y sus compinches se han tomado la libertad de decidir por nosotros, en una cocina de mala muerte, qué ingredientes mezclar según su peculiar paladar. Dejaría el mayor número posible de decisiones en manos de los que tienen que acarrear sus consecuencias, cosa que sólo se logra mediante una descentralización real y efectiva, tal cual aquí se avizora, en lugar de apoyar demagógicamente un principio de autonomía local inmediatamente sofocada a la hora

¹⁰ Ver: Gabarielli, E. *Op. cit.*

de hacerla valer. Facilitaría, además, el uso de tecnología de vanguardia para permitir a las masas, prácticamente iletradas en muchas regiones del mundo, expresarse de forma efectiva sobre la variedad de asuntos que más directamente incumbe a sus intereses.

Es más, semejante democracia haría que aquella “estabilidad” que dicen pretender los de "la ley y el orden", se convierta en resultado real de nuestra actividad política. Así, nos encontraríamos en una situación menos propensa a sucumbir ante los efectos desestabilizadores de determinados acontecimientos que nos acosan desde la raíz misma de mucha de nuestra actual miseria. Sobre todo, nos daría a cada quien las oportunidades de actuar dentro del contexto de una gran variedad de jerarquías legítimas, pues si las nuevas generaciones rechazan cada vez más la noción misma de “jerarquía” no es sino porque nos hemos convertido, a fin de cuentas, en la única especie universalmente dirigida por *jerarquías ilegítimas* (gracias en gran parte a esa aberración tan poco democrática que constituye la competencia entre los partidos). Como observó con gran tino Simone Weil, entre las aspiraciones del alma humana se encuentran tanto la igualdad como la “obediencia consentida”, pero sólo una jerarquía legítima puede preservar la primera y darnos, al mismo tiempo, la oportunidad de ejercer la segunda.